

Joe y Beth

RELATO

RANCHEROS MILLONARIOS



Maya R. Stone

Joe y Beth

RELATO

RANCHEROS MILLONARIOS



Maya R. Stone

JOE Y BETH

RELATO

Parte de la serie
RANCHEROS MILLONARIOS

MAYA R. STONE

©Todos los derechos reservados

UNO

DOS.

TRES

CUATRO.

CINCO.

SEIS.

SIETE

DESENLACE

UNO.

Beth preparó la bebida solicitada, fingiendo desinterés en su entorno, pero sus ojos estaban pendientes de la situación que se gestaba en el grupito de vaqueros que conversaba y reía en uno de los extremos del mostrador. La bebida estaba haciendo efecto y no del bueno, consideró.

Torció el gesto cuando las voces se volvieron altisonantes y suspiró. Si seguían así tendría que pedir a Jack que les invitara a retirarse, algo que no le gustaba, mas podría evitar un desmadre más adelante.

No tenía deseos de que estallara una pelea de borrachos en su local que destrozara lo que tanto le costaba mantener.

—¿Estás bien, jefa?—le preguntó Ester, una de las meseras, mientras vaciaba su bandeja de vasos y platos, que Beth tomó sin pensar y acercó a la abertura que comunicaba con la cocina.

—Estoy bien, aunque bastante cansada.

—Es normal, con la locura de horas que trabajas. ¿Cuándo vas a contratar a alguien que gestione las compras y reciba la mercadería en la mañana? No descansas bien.

—No hay ganancia si gasto cada dólar que ingresa—respondió y Ester rio y sacudió su cabeza, como si lo que decía era una insania.

Si supieras, pensó, mientras volvía a mirar a los vaqueros, ahora aliviada al comprobar que una parte del grupo se había retirado, y los tres restantes estaban en proceso de salida. Eran parte de la decena de clientes que permanecía, a pesar de la hora, y ella no veía el instante en que el local estuviese vacío y las mesas arregladas, todo limpio y dispuesto para la siguiente jornada.

Tenía planes, como todos los martes desde hacía algunos meses. Planes furtivos, sonrió ante el dramatismo de su pensamiento, aunque luego se dijo que no estaba tan alejado de la realidad.

Nadie sabía de ellos, y eso incluía a su grupo de amigas, a las que no solía guardar nada. En su defensa, no es que escondiera exactamente lo que había de nuevo en su vida, sino que lo vivía semana a semana con la incredulidad de la que no considera que pueda durar, y por ello, ¿para que molestarse en gritarlo a los vientos?

No es como si fuese una relación sino más bien un lígüe.

—Beth, te ves agotada, mujer, Anda, ve, yo me encargo de cerrar—le dijo Jack, sobresaltándola, y agitó su cabeza, para luego suspirar y asentir.

No era lo que más le gustaba, pero Jack era de estricta confianza, un hombre metódico y detallista, así que no tenía una sola duda de que el bar quedaba en buenas manos.

Le costaba delegar, y eso tenía que ver con su personalidad, con su carácter.

La impulsaba una imperiosa necesidad de controlar cada aspecto de su vida y de aquello que constituía su universo, y eso lo defendía con fiereza, independiente como era, y había sido desde muy jovencita.

Pero también era un problema, porque le generaba ansiedad cuando las cosas no salían como esperaba o se torcían del orden natural, o del trazado por ella.

Se quitó su delantal y charló algunos pendientes con Mac, el cocinero, y habló con severidad a su ayudante, marcándole la necesidad de que cumpliera con los protocolos de higiene y horarios, detalles en los que estaba fallando, y lo que volvía loco a Mac.

Luego, finalmente, moviendo su cuello y hombros para desentumecerlos y aflojar la tensión, se encaminó a la salida trasera y luego a su casa, distante unos doscientos metros.

Ser propietaria de uno de los lugares más emblemáticos de New Essex, además de punto de socialización fundamental entre viernes y domingo, tenía sus puntos positivos, pero también era agotador.

El lugar era herencia familiar, parte de lo que su padre le había dejado. Beth había heredado un bar pequeño, y lo transformó en un establecimiento amplio donde se podía comer, bailar, escuchar buena música.

Sitio al que los jóvenes y no tanto de la ciudad y alrededores venían a distraerse, beber, charlar y también ligar.

No pocas relaciones se habían gestado aquí, por supuesto, y entre ellas la más reciente eran la de Winona, su amiga, y Billy Jackson, el capataz de los hermanos Rex, Brad y Ted Sullivan.

Más atrás en el tiempo, pero no mucho, habían sido Marie, la veterinaria, quien había conquistado el soltero más gruñón de todos, el millonario ranchero Rex. Pero lo más común era que de aquí surgieran encuentros de corta duración.

Suponía que algo así estaba en su futuro. El alivio la llenó cuando entró a su casa. Aquí era otra persona, no tenía que estar pendiente de su alrededor, de los que iban y venían, de saludar, cobrar, controlar.

Con calma, se preparó un Martini seco, que comenzó a beber mientras se descalzaba y se quitaba su blusa, jeans y ropa interior para darse una ducha.

Miró de reojo el atuendo que había dejado listo sobre la silla reclinable que solía usar para leer en su dormitorio.

Era escandaloso, por lo menos, y había dudado si usarlo, pero luego decidió que sí. En el estado en que la relación de ella y Joe Sullivan estaba, algo así era erótico de cojones y sumaba al clima.

Vínculo, ligue, no digas relación, Beth. Las palabras presumen cosas, y entre ustedes no hay más que convergencia de intereses sexuales.

Dejó que el agua se deslizara por su cuerpo y se llevara su cansancio, su tedio y sus problemas diarios. Quería estar limpia de mente para disfrutar lo que se venía.

Era un momento que se regalaba y una isla en su vida rutinaria y gris.

Sí, tenía una casa y un negocio, pero la realidad era que mantener el segundo se llevaba buena parte de sus días, y no la reconfortaba como antaño.

Estaba agotada de avanzar sola y lidiar con los problemas. No todas las inversiones que hizo rendían fruto, aunque no se podía quejar de bar; sí de esta casa, que se le caía encima.

Por fortuna sus amigas eran un bastión y le alegraban los días, en especial los sábados a la mañana cuando compartían sus vivencias semanales, o el omnipresente chat donde a diario se animaban y confiaban información, chismes, pedidos de ayuda y más.

Se secó con energía y desnuda vino hasta el apretado traje de lycra, que vistió con trabajo. Cómo haría para quitárselo sin caer enredada, no sabía. Quizás en el calor del momento Joe no se percataría.

Se observó en el espejo. Guau. Era más que revelador. *Señora O'Hara, no tiene idea de lo que se está perdiendo*, pensó, y rio.

La cotilla quedaría pálida y en desmayo si apreciara el estilo dominatriz que portaba en este instante. Le gustó, oh, ¡cómo le gustó!

Y apostaba a que Joe dejaría su mandíbula en el suelo cuando la viera.

No es que fuese una mujer pagada de sí misma, para nada. Es que el ranchero no era escaso en halagos y sus miradas y toques evidenciaban lo mucho que se excitaba con su cuerpo y su trato.

Beth sabía que sus caderas anchas y sus pechos turgentes y por encima del promedio eran sus rasgos más atractivos para el otro sexo.

Se había avergonzado de ello cuando era una chavala, porque idiotas como Cindy o Joan solían burlarse de su aspecto, lo que no le hizo sencilla la vida en la preparatoria.

Hoy sabía que aquello había sido pura envidia, porque, más que una cara bonita, los hombres apreciaban un buen culo y senos que follar.

Sus años sirviendo en el mostrador, escuchando diálogos entre hombres, y siendo testigo de la gestación de ligues se lo decían.

Ella siempre fue esquivia a las insinuaciones y a vincularse con los hombres con los que trataba a diario. Eso evitaba las confusiones, pero le restringía las posibilidades románticas.

Joder, ella no era especialmente sentimental, pero a cualquier mujer le gustaba el cortejo, el inicio de un vínculo. La etapa de miradas, de flirteo. Hacía al menos tres años que no tenía un desahogo sexual cuando trajo a Joe Sullivan a su lecho. ¡Y lo bien que esto estaba resultando!

DOS.

El inicio fue una noche complicada en la taberna. De hecho, una de muchísima concurrencia porque la banda contratada tenía una base de fans importante, y eso era bueno para el negocio, pero también implicaba mucho trabajo.

Había invitado a Winona, que se había presentado divina, plena de expectativas, pero las cosas no funcionaron bien para su amiga. Billy había sido un asno y otros tres vaqueros no tuvieron mejor idea que apostar para ganar la atención de la adorable maestra.

Beth había estado muy ocupada, y parte de la situación se le pasó, pero no lo de la apuesta, porque su atención había estado, en parte, sobre el grupo.

Es que Joe estaba en él, junto a su hermano Matt, uno de los apostantes. Matt era un gilipollas, a su modo de ver, pero Joe...

Digamos que hacía buen tiempo que Beth se encontraba gravitando hacia él cuando venía a la taberna. Y digamos también, y esto era confesión del propio Joe, que él había estado viniendo a la taberna por ella, básicamente.

Había algo en él que la llamaba, una vibración especial, una forma de mirar y comportarse que la convocaba. Era un hombre atractivo, el tipo que le gustaba.

Con porte de caballero, de algún modo, porque su costumbre de usar chaquetas de cuero semi formales y las hebras grises de los costados denunciaban sus cuarenta y dos.

Tenía la edad justa para saber lo que quería, y la seguridad masculina de alguien que no se avergonzaba de gozar del ser dirigido en la cama.

Porque Joe Sullivan era, además de un ranchero establecido, un vaquero hábil con el lazo y con varios premios en rodeos, un sumiso en la cama.

Y Beth, con sus treinta y seis, era una mujer cansada de imberbes que se las daban de grandes amantes y no eran capaces de encontrar el clítoris de una dama. No había interés en satisfacer, sino en demandar y recibir. Egoístas libidinosos.

El clic con Joe había sido algo sencillo. O no, si vamos al caso, porque, ¿qué posibilidades había de que una mujer con tendencias dominantes como ella encontrara su par en un lugar tan pequeño y en el que datos como ese no se hacían públicos?

Lo de ellos había sido fruto de la casualidad. Uno de los vaqueros comentó, mientras Beth les servía bebidas, que Billy y Rex solían ir a un club de Helena, uno de esos *donde se hacía sitio para lo raro* en el sexo. El término la había fastidiado, por lo liviano y lo estrecho de miras.

No hay nada malo en lo no tradicional, les había dicho ella, desafiándolos con la mirada,

y Joe había salido al paso diciendo que coincidía en que no había nada de inconveniente en ello.

Los otros se habían retirado enseguida, su hermano Matt incluido, pero él permaneció, y ella se acercó, y conversaron. Mucho.

No le tomó nada notar que él se dejaba llevar y aceptaba su innata manera de imponerse. Una cosa llevó a la otra, y esa noche todo se conjugó.

Ella rompió su norma de no beber en la taberna, se había sentido sola y él estuvo justo cuando necesitó. Él había estado molesto con su hermano, fastidiado con su sequía sexual y ella le gustaba. ¿Qué más?

El sexo había sido explosivo. Desde que él entró a su casa, no habían podido sacarse las manos de encima.

Las bocas se habían explorado con el hambre de años. Se tocaron, se acariciaron, se paladearon sin cortarse, y él siguió al dedillo cada orden que ella le dio.

Beth se reveló en su don de dominatriz aficionada, y Joe fue la muestra de la perfecta sumisión, alterando roles tradicionales de una manera que les voló la cabeza a ambos.

Después de esa madrugada, encontrarse y conectar había sido inevitable. ¿Cómo conformarse con una vez de algo que se había disfrutado de una manera tan maravillosa?

Lo que fue instintivo, se volvió pensado y planeado. Por ello, Beth había comenzado a esperar con anticipación cada martes. Una cita obligada de cuerpos que se veneraban y complementaban.

Y cada vez, la sensación de plenitud era más y más fuerte, y también la intimidad y la manera de tratarse.

Lo que pasaba entre ellos no podía explicarse de manera fácil para neófitos o aquellos con cabezas cerradas o acostumbrados a follar al estilo misionero. Joe y ella eran... Fuego. Consenso. Entrega y recepción.

Joe no perdía nada de su dignidad cuando dejaba que ella le dijera cómo colocarse y qué hacerle, y cómo. Por el contrario. Cedía el control y la voluntad de manera racional y porque lo disfrutaba. ¿Qué más liberador?

Peinó su melena con cadencia, dejando que esta cayera sobre sus hombros, y el tinte rojizo de su cabello refulgió a la luz de las velas que fue encendiendo, mientras aromatizaba su espacio con fragancias afrodisíacas.

Dio una mirada alrededor y asintió con satisfacción, y luego se dirigió a la sala de estar. En diez minutos él estaría aquí, y la inminencia de un nuevo encuentro la llenó de energía y entusiasmo.

Ah, Beth, estás poniendo muchas esperanzas en algo que no tienes idea para dónde va, murmuró, pero su mente no se arredró. Eso no quita que no pueda disfrutar esto como se merece. Como el regalo que es.

No se había sentido tan libre antes con un hombre. Joe Sullivan era lo que le había faltado a su vida desde... Siempre.

Los golpes suaves en la puerta anunciaron su llegada, y Beth se precipitó a abrir. Era tarde, y habría muy pocas personas aun despiertas, pero bastaba uno que lo viera como para que los rumores se expandieran.

No tenían que rendir cuentas a nadie, pero era más incómodo. Habría comentarios, algunas chanzas bien intencionadas y, probablemente, presiones. *¿Es formal? ¿Tienen planes?*

No quería a Joe entre la espada y la pared, porque eso enfriaría el vínculo y pondría las cosas raras. Era mejor preservar lo que tenían, y no era poco.

No, señor, no era poco.

TRES.

Joe miró alrededor, y apresuró el paso, las manos en los bolsillos de su chaqueta, a la que le había levantado el cuello para esconder su perfil, lo que ayudó con su sombrero encasquetado para cubrir medio rostro.

No lo hacía por él, sino por Beth. Por ello también venía cada martes en el vehículo más viejo de la propiedad y lo dejaba en el estacionamiento a dos bloques.

Ni él ni ella tenían compromisos ni nadie a quién rendir cuentas. Un hombre y una mujer con edad más que suficiente para estar seguros de lo que querían, y lo que no.

Ambos coincidían en que era el cuerpo del otro, por fortuna, y Joe no podía estar más contento. O sí, pero no tenía deseos de apurar nada entre ambos, porque corría el riesgo de perder lo ganado.

Beth Parker había estado en su radar por años, y no era extraño porque era una mujer voluptuosa y sensual que atraía sin proponérselo, y con el temperamento como para frenar cualquier avance no deseado.

Por ello la había observado desde lejos, catando aquello que le atraía. Había tenido la convicción de que ese fuego que ardía evidente en ella no era fachada, y no se equivocó.

Beth era honesta con lo que mostraba: la necesidad de gerenciar y determinar las reglas del entorno en que se movía, y las personas con las que trataba.

Sin autoritarismo, sin obsesionarse por el poder en sí, era una manera de plantarse en el mundo, y de una manera no disciplinaria.

El caso es que era algo que Joe valoraba y lo ponía de un modo desconocido previamente, y no había sensaciones físicas tan sublimes como las experimentadas con ella.

No podía más que agradecer al jodido de su temperamental hermano Matt, que con su estúpida apuesta sobre Winona le había abierto, de manera inesperada, el paso hacia la dueña de la taberna.

Jodido Matt, pensó, casi llegando a su destino. El gilipollas había estado empeñado en saber adónde iba, como si fuesen dos niños. Tenía demasiado tiempo libre, y el perder la oportunidad con la maestra cuando se había considerado ganador de su favor había pegado mucho en su ego.

Habían reñido bastante estos días, y que Joe no estuviese dispuesto a contarle qué hacía cada martes y adónde no le había caído bien. No era algo a lo que Joe le diera mucha entidad.

Este momento, venir aquí y disfrutar de esto era el subidón de su semana.

Matt era un pesado que, aún menor en cuatro años, creía que podía controlarlo. ¡Ja! Eso era algo que Joe fingía permitirle de tanto en tanto para que dejara de darle lata.

En realidad era Joe, con su actuar mesurado y pausado quien había cuidado de su hermano desde que sus padres habían muerto, dos décadas atrás. En qué momento este había adquirido esa mentalidad un pelín retrógrada, Joe no se lo explicaba.

Era llamativo que alguien de su edad y en estos tiempos continuara creyendo en los roles tradicionales que mantenían a la mujer en su lugar de ama de casa dependiente y como un objeto frágil y bonito era .

Eso conspiraba contra las intenciones de Matt de encontrarse una esposa, algo que no ventilaba pero Joe sabía que deseaba. Era la principal razón por la que no le contaba lo suyo con Beth.

Ella y Matt se miraban con desafío cuando coincidían porque sus maneras de entender las cosas colisionaban. Matt no aceptaba la desinhibida autoridad que Beth traslucía, lo comandante que era en cualquier estancia donde se encontrara.

La mujer no necesitaba ser dueña de un local para impresionar. Eso le gustaba a Joe, y mucho. Lo erotizaba, además.

Se acomodó la polla, que reaccionaba con entusiasmo a sus pensamientos, y sin dilatar más, dio los últimos pasos y golpeó con suavidad en la puerta de la casa antigua que era hogar de la tabernera.

Ella le abrió de inmediato, y él se coló como un predador, aunque ambos sabían que la que llevaba ese título era Beth, y estaban bien con eso.

Las manos se colaron por sus costados y se abrazaron, pegándose uno al otro como lapas, y la manera en que los dedos de Joe resbalaron por lo que de inmediato reconoció como látex lo puso en alerta máxima.

—¡Joder, Beth! ¿Te has propuesto matarme de la impresión?—murmuró, y se echó atrás para apreciar lo que se había perdido por mirarla a los ojos.

Silbó largo ante la visión sinuosa y curvilínea que era lo más sensual que recordara haber visto. No había una película de aire entre la piel y el sintético negro brillante que la envolvía.

Sus senos opulentos y pesados, apretados en la base, eran visibles en sus cúspides por el escote profundo y los pezones aparecían como puntos duros dando textura al material.

¡Y la cintura, caderas y entrepierna, madre mía!, pensó, sintiendo que no había una porción de él que no estuviese excitada y deseosa de comenzar el ritual del sexo con esta diosa espectacular que tenía la suerte de que lo hubiese mirado y que semana tras semana le dedicara una noche de pasión.

Descartó de un plumazo la idea de que la deseaba todas y cada una de las restantes en la semana, porque esto era aquí y ahora, y su rol no era el de exigir, sino el de acatar.

—¿Te gusta lo que ves, vaquero?—preguntó ella, la punta de su lengua elevando el labio superior, y luego humedeciendo el resto en un gesto de controlada lascivia.

—¿Cómo no? Con este traje y tu actitud...

—¿Actitud, Joe? ¿No estás saliéndote de lugar? ¿Hablando de más?

Su mano fue hasta la mandíbula masculina y la envolvió, frotando su barba candado, que mantenía corta.

Los ojos claros buscaban respuesta, y él alargó el contacto con esa mano pequeña y suave moviendo su mentón, informando con el gesto que quería más.

Ella sonrió y bajó su brazo, dando la vuelta y caminando hacia el sofá central con un bamboleo de caderas, dejándole apreciar el vaivén del espectacular trasero.

La polla le estallaba contra la cremallera y si hubiese tenido unos años menos, tal vez se hubiese corrido en el lugar, pero Joe no era sino un hombre paciente y dispuesto a jugar.

No se movió de su sitio hasta que ella le llamó:

—Ven, Joe, y siéntate. Voy a servirte un whiskey y te voy a contar cómo van a ser las cosas hoy.

CUATRO.

Obediente, se dirigió al sitio mencionado, con parsimonia, dejando que ella le apreciara. Joe no era un hombre pagado de sí mismo, pero sabía que atraía al sexo opuesto.

Con su metro ochenta y seis y la estructura de un boxeador aficionado de peso pesado, lo que le daba flexibilidad y tonificación más que adecuada, además de sus ojos grises, habían sido muchas las que a lo largo de los años pretendieron conquistarlo.

Ninguna había dejado un recuerdo importante, ni lo llamaron o conmovieron como esta, eso era obvio.

—Estás hermosa, Beth. *Eres* la mujer más hermosa.

—Mm, gracias, vaquero. ¿Listo para dejarte llevar y soltar cualquier atadura que no sea la que te imponga?

Ohh, ¡pero qué tortura esa voz rasposa y baja que parecía encenderle la piel y activarle cada zona!

La excitación era física, pero también mental, y eso lo llevaba todo a la estratósfera.

—Más que listo—respondió, y se echó atrás en el sillón, abriendo sus piernas para que su erección fuese más que ostensible.

Tal vez, solo tal vez, ella decidiese comenzar por allí.

—Paciencia—le indicó, y fue hasta el pequeño bar para verter el whiskey prometido, que le trajo, y antes de entregárselo, tomó un sorbo, para luego poner el vaso contra los labios masculinos—. Bebe. Ah, ah, sin manos.

El sorbo que le permitió fue largo, y la bebida entibió su boca y se sintió fantástica. Solo lo mejor en el bar privado de la tabernera, por supuesto, y la convicción de que era el único hombre que lo disfrutaba lo alegró. Era afortunado.

Joe no gustaba del sadomasoquismo, no estaba aquí para ser castigado ni golpeado. Estaba aquí por la experiencia de dejarse ir y ser conducido por una mujer increíble a la que le gustaba reverenciar.

No había en él nada psicológico que curar, no tenía traumas infantiles ni veía en Beth una figura femenina de su pasado. Le gustaba el juego, tan simple como eso, y era uno sano y consensuado.

Como hombre de negocios que tenía cada día decenas de tareas que resolver y gente a la que ordenar, frenar y dirigir, permitirse estar en la otra postura era sanador y muy, muy divertido.

—Mira lo que encontré, Joe. Es perfecto, ¿no lo crees?

Él elevó una ceja al observar las esposas de cuero que ella ostentaba como un premio, y

asintió. Las instancias en que ella apostaba a restringirlo eran de las más excitantes, porque tanto como era una tortura no poder tocarla como quería, lo que le hacía...

La excitación hizo que sus testículos parecieran contraerse y empujar líquido preseminal a su glándula. Suspiró.

—Perfecto—asintió.

Abrió más sus piernas por instinto cuando ella se acercó, y elevó sus manos para que le colocara las esposas, dejándolo de ese modo a su merced.

—¿Qué va a pasar?—susurró, sus ojos quemándola con la intensidad con la que impuso a su mirar.

No podía mirarla sino con furioso deseo, y esto no era exclusivo de la intimidad, razón por la cual creía que ya algunos tenían alguna pista sobre ellos. Billy, por ejemplo. Le había visto mirándole con atención, y a Beth. No le preocupaba, el capataz era un hombre honorable.

—Vamos a experimentar un pelín, Joe. Texturas y temperaturas.

—No sé si quiero...

No tenía nada para decir, pero fingir que sí y que había algo que le intimidaba era un juego que ambos ensayaban.

—No importa lo que quieras, Joe, recuerda. En este espacio, escuchas, cumples, acatas.

—Sí, Beth—susurró, y no se le pasó por alto el ligero estremecimiento y el batir de pestañas de la hembra, que le subió el ego. Porque ella le deseaba.

Oh, ¡cómo le deseaba! Que tuviera una restricción y una paciencia antológica no quitaba a ese hecho un ápice. Beth obtenía de esto tanto o más que él.

—Desabrocha tu pantalón—le ordenó, retrocediendo.

Joe procedió, con la torpeza del que tiene la restricción del cuero en sus muñecas, a desabotonar su jean y bajar la cremallera, momento en que su polla alborotada apareció enhiesta. Sí, ir al modo comando facilitaba las cosas, ya lo había comprobado y se mostró útil hoy.

La mirada que acariciaba se deslizó por su miembro y los párpados se cerraron a medias.

—Eso debe ser doloroso, Joe—le dijo, y este asintió, mirándola fijo—. Alguien debería hacer algo para aflojar esta tensión.

—Eso es lo que espero—susurró, casi un ruego en su voz, y Beth sonrió abiertamente.

—A su debido tiempo. La camisa, Joe. Te quiero desnudo sobre mi sillón.

En segundos estaba tendido, la textura del cuero frío contra su espalda y trasero, y sus piernas trascendiendo el sillón, por lo que una rodilla se apoyó en el piso.

Beth fue hasta el mostrador y trajo algunos elementos a la mesita ratona. Una pluma, apreció, además de una vela y un pañuelo. Una fusta. Frunció el ceño, y la miró.

Ella le observaba, esperando su reacción.

—Confía en mí—le susurró, y se arrodilló a su lado, sus labios acercándose a su oído—.

No te va a pasar nada, salvo placer con algo de impacto, muy liviano. Estuve investigando, y creo que va a gustarte.

Asintió. Confiaba en ella. Lo suyo no era una relación formal de dominatriz y sumiso en el sentido estricto, porque los dos se iniciaban en esto y se revelaban en lo mucho que les encendía.

Pero Joe tenía la convicción de que la inteligencia e intuición de Beth mantendrían la situación dentro de parámetros deseables para ambos.

—No puede haber algo que me hagas que no me guste.

—Ya veremos.

Su boca lo tomó por asalto, hambrienta, abriéndose sobre sus labios, e invadiéndolo con su lengua, y él la recibió con gusto y ardor. Ella sabía a whiskey, a tibieza, a placer, y Joe vibró cuando ella succionó su labio superior y luego su lengua.

CINCO.

Repitió los movimientos, contraatacando, y por segundos sus torsos estuvieron en contacto estrecho, y las manos de Beth se posaron en sus hombros y envolvieron luego los costados de su cuello.

Yemas cálidas y suaves que encendían y presionaban sus músculos. Intentó tocarla, pero las esposas le impedían abrir sus manos como quisiera para envolver esa cintura estrecha o esas caderas extensas.

—Ahora, mi vaquero, estamos listos para empezar—señaló, retirándose, y lo que enseguida estuvo en sus manos fue la pluma.

Joe no imaginaba lo que un elemento tan pequeño podría hacerle, pero de inmediato se percató de lo erróneo de su percepción, porque en manos de la sensual Beth, se transformó en un arma.

Una suave tortura comenzó cuando ella maniobró sobre su torso y sus pezones, a los que jamás hubiese creído sensibles.

Se estremeció cuando los suaves barbillas le excitaron los músculos del abdomen, y cuando estuvo sobre su pelvis, y luego rozando su glande, el largo de su polla, sus testículos... Todo Joe pareció vibrar y sacudirse, sus ojos cerrados y en estado de contención.

—Mira cómo te pones, Joe—le dijo ella, y su mano envolvió la polla en su base, enderezándola para que la pluma rozara la porción más extrema del glande—. ¡Qué travieso, humedeciendo mi instrumento!—rio, y Joe abrió sus ojos para nutrirse de la expresión de gozo de Beth, cuyos dientes apretaban su labio inferior.

La hembra lo deseaba, joder, y él era lava pura por ella.

—Me gusta, pero hay más—retiró la pluma y lo que la sustituyó casi de inmediato fue la fusta.

La sensación del cuero fue cruda y con él trazó su garganta y sus costados, y luego otra vez sobre su miembro, dejando que el látigo se envolviera en él, y apretó con levedad, restringiendo su polla gruesa y larga, torturándola.

Joe gimió sin poderlo evitar, y Beth desorbitó sus ojos en respuesta condicionada, y entreabrió su boca.

—Eso, vaquero, déjame oír tus sensaciones—ordenó—. Dime lo que sientes.

—Presión. Mis bolas a punto de explotar... Podría correrme solo con verte maniobrar así con mi verga.

—Eso arruinaría la diversión, Joe, y tendría que castigarte—hizo un mohín, y él asintió.

Sí, no quería arruinar nada entre ambos, claro que no. Lo siguiente le tomó de sorpresa, porque estaba mirando la maniobra con la fusta que ella efectuó con su mano izquierda, y descuidó la derecha.

La sensación quemante en su abdomen le hizo saltar, pero el soplo suave y tibio apagó el malestar, y la manera en que ella redondeó la zona con su lengua, como envolviendo el pequeñísimo círculo de cera, lo enervó, y con sus talones apoyados, sus caderas se elevaron.

Beth repitió la acción varias veces, y su mano izquierda dejó la fusta y se concentró en masturbarlo con decadente lentitud.

Joe no tenía idea que podía tener tal restricción, pero ella lo estaba llevando al límite, y su voz lo comandaba a permanecer quieto y recibir el placer.

Cuando parecía que no podía más, ella pellizcaba su perineo y comenzaba otra vez, hasta que decidió que era suficiente, y eso tuvo que ver con el deseo creciente que se hacía evidente en su rostro y ojos.

Cuando retrocedió y se incorporó, Joe atinó a elevarse, y eso le dio visión perfecta para el desnudo más erótico. Con habilidad propia de una desnudista, ella bajó su cremallera y fue quitando la prenda apretada con gracia, liberando sus hombros.

Luego, los senos deliciosos, que rebotaron como bolas, y sin un ápice de cortedad, maniobró con trabajo para que el látex corriera por cadera y muslos, hasta dejarla en traje de Eva frente a él.

No había nadie tan perfecto, pensó, y su boca se hizo agua y su polla piedra pétrea.

No podía esperar a enterrarse en la cavidad estrecha y caliente que sabía se escondía detrás del espeso monte, primorosamente recortado y con la forma triangular.

—Siéntate, y junta tus piernas, Joe. Voy a montarte a pelo, y te vas a comportar como el corcel manso y domado que sé que puedes ser—le dijo, y él se apresuró a incorporarse y ubicar su espalda contra el respaldo del sillón.

Lo de follar sin condón estaba hablado, y la idea de que ella tomara su polla pelada se le antojó la mejor del mundo.

No podía más, no quería esperar más. No tenía idea de la hora, de cuánto tiempo tomó el juego previo, nada. Solo ella sobre él.

—Brazos arriba, detrás de la cabeza. Así. ¿Estás cómodo?—asintió—. Bien, ahora, un poquito de restricción de sentidos.

—¿Más?—inquirió, porque no tocar ya hacía las cosas difíciles.

Beth asintió, con el pañuelo entre sus manos, que envolvió en su cabeza para dejarle sin visual.

—Siénteme—indicó, y Joe sintió.

Ella montándose a horcajadas sobre su pelvis, su vulva tomando contacto con su polla,

restregándose, desparramando los jugos, excitándose.

Su boca estuvo sobre él, besándole con suavidad, y esta vez fue él quien elevó la temperatura de los labios, apretando su boca, y sus manos bajaron para envolverla, desobediencia que ella permitió, dejándole saber a Joe que comenzaba a perder control, lo que denotaba su excitación.

Eso era fascinante en sí mismo. Tiempo de apurar la pasión, pensó, y acudió a su arsenal de frases más sucias, las que la ponían a cien mil, mientras movía su pelvis.

—Joder, Beth, este coño tuyo está hirviendo, tan mojado que mi polla se podría ahogar... Mira cómo me tienes, a tus pies... No pasa noche que no piense en las mil formas en que me quiero enterrar en ti. Fóllame, Beth, tómame, anda, cómete mi verga y llévala hasta tu garganta...

Oh, lo que esos gemiditos y los ruidos de la fricción húmeda le hacían. Lo que las caricias en su cara y cuello provocaban, y los senos apretándose contra su torso, pinchándolo con la dureza de sus pezones.

Sintió que los dedos femeninos se colaban entre ambos, ella buscando su clítoris, y se movió más.

Cuando finalmente su glánde encontró la entrada al placer, se hundió con la velocidad de un misil, y Joe no supo si fue el envión de sus caderas o las de Beth, pero todo fue milimétrico.

Su miembro estaba hecho para esta cueva.

—Déjame montar, Joe—le ordenó, retomando control, y se movió sobre él con sabiduría, yendo arriba y abajo, y en círculos.

—Voy a terminarme, Beth... Por favor... Déjame...

—Empuja, vaquero. Muéstrame lo salvaje que puedes ser—le indicó, y entonces sus manos fueron liberadas, y él accionó con la energía de un toro bravo que encontraba su oportunidad.

Se quitó el pañuelo y le envolvió la cintura con ambos brazos, y se incorporó, para llevarla contra una pared, donde la folló con arrolladora necesidad, y ella fue magia.

Recibió sus empujes con entrega, sin guardarse nada, encontrándole en cada embestida, y los sonidos que se elevaban en la sala eran del sexo más primitivo y glorioso.

Terminarse en ella supo a triunfo, a gloria, y Joe maldijo con blasfemo placer, dejando que su polla la llenase, todavía pujando, y ella recibió cada gota apretada contra él, sus piernas cecos gloriosos en sus caderas.

Era en estos momentos en que Joe sentía que su vida estaba completa, con la mujer más sensual entre sus brazos y con su polla aún adentro, la sensación de completitud más enervante, y la necesidad de abrazarla por horas y días.

Porque en la misma medida en que la adrenalina bajaba y se hacían conscientes del

momento y lugar, una necesidad diferente venía a él. La de yacer con ella, abrazados, juntos, sin secretos o necesidad de ocultar nada.

SEIS.

Beth mordisqueó su trozo de tarta y bebió un trago de su capuchino mientras oía el relato de Winona sobre su viaje a Helena con Billy.

La maestra tenía estrellas en sus ojos, y daba tanto gusto verla y escucharla. Era esperanzador, consideró. Winona había penado por ese gilipollas de Billy, que había tenido su cabeza en el culo por años, pero esto había quedado en el pasado.

La de ellos era una relación establecida, y los seis meses que habían transcurrido habían mostrado la seriedad del capataz y sus intenciones. El anillo que brillaba en el dedo de Winona era la muestra más reciente, y estaban aquí por ello, para ayudarla a planificar su boda, que sería en un mes.

Todo rápido, si se lo veía desde una perspectiva limitada, pero era como debía ser, perfecto para esos dos.

—Me preguntaba si podríamos hacer la fiesta en la taberna, Beth—dijo Winona, con timidez—. Si es posible, claro, no quiero...

—¡Oh, pero claro que sí! Será genial, y lo haremos funcionar—contestó, enfática—. Se necesitará una decoración acorde, y...

—Conozco a la persona para ello—dijo Marion, que tenía una libreta y comenzó a tomar notas—. Lo de la comida será sencillo, porque Marge no querrá más que sus creaciones estén presentes. ¿No es así, Marge?

—Por supuesto, cuenta con eso, Winona. Haré una torta perfecta para celebrarles.

—Yo me encargaré de las bebidas, por supuesto—dijo Beth.

—El cáterin déjenlo en mis manos—indicó Dakota, meciendo el carrito con su bebé, que dormía con placidez a pesar del ruido de la conversación—. Seguro Gina va a ayudarme, y Marie.

—No quiero que sus rutinas se vean afectadas por mi—insistió Winona, pero todas negaron y protestaron que lo hacían encantadas.

Beth se retrajo un momento, considerando como toda esta cháchara, que antes la hubiese agobiado, hoy no la molestaba, y le creaba ¿expectativas?

Ella no tenía los típicos sueños de anillo, boda, felices para siempre, pero la soledad se hacía sentir. Y le pesaba cuando Joe se marchaba cada martes, aunque cada vez más tarde.

Él se mostraba reacio a dejarla luego del sexo, y si se daba cuenta de que el disfrute era mucho, total, absoluto, también era obvio de que les conectaba algo más.

Algo que aún no se verbalizaba, aunque él en varias oportunidades pareció intentarlo.

—¡Beth, joder! Pero mira que estás distraída estas semanas—dijo Marion, y ella parpadeó y sonrió, encogiéndose de hombros.

—Yo creo que Beth tiene un secreto—canturreó Marge, rellenando café en las tazas y fingiéndose atareada luego de tirar la bomba.

Beth no tuvo duda alguna de que lo sabía, y carraspeó, queriendo tomar control de la situación para difuminarla, pero era tarde.

—¿Secreto?

—¿De verdad?

—¿Qué sabes, Marge?

—¿Nos estás escondiendo información, Beth?

—¿Qué es, que es?

El sollozo del bebé pareció distraer a sus amigas, pero el deseo de que esto diera el asunto por finalizado fue una tontería, porque Dakota llevó al niño a la teta, y todos los radares volvieron a ella.

—Dinos. Esa cara de terror marca una confesión más que mil palabras—dijo Marie, con suavidad, y Beth graznó.

—No es nada...

—Si nada le dicen a un ranchero escurriéndose en la madrugada con rostro muy feliz...—murmuró Marge, que sonreía de oreja a oreja, y Beth la miró con intenciones homicidas.

—¡Cotilla! Y tienes el descaro de hablar de la señora O'Hara—la acusó, y Marge se encogió de hombros.

—Pff, por favor. Digo lo que vi, con estos ojitos sagaces—se señaló, y el interrogatorio comenzó.

—¡Dinos, Beth!—imploró Winona, que estaba con sus palmas juntas en forma de ruego—. ¿Es...? ¿Es Joe?

Parpadeó, y sus ojos barrieron al grupo, que evidenciaba distintos grados de sorpresa.

—¿Cómo...?—frunció sus cejas.

—Billy es muy perceptivo—dijo Winona.

—¿Joe Sullivan? ¿El primo de Ted?—dijo Dakota, una O en su boca.

—Gracias a Dios—murmuró Daisy, y luego hizo un gesto de disculpa—. Que es él y no Matt. Este último... Es un poco gilipollas.

Hubo sonidos de conformidad.

—Joe es un hombre encantador, Beth. Un caballero. Un vaquero trabajador, bien situado, ubicado, y muy guapo. ¿Por qué el secreto?—dijo Marion, parpadeando—. ¿Es que es un ligue, nada más? No es que te juzgue, Beth, por favor—movió sus manos para descartar la idea.

—No... Bueno, tal vez, no lo sé—se atoró con las palabras, y suspiró—. Es... no tengo

palabras para definirlo, pero... Digamos que me gusta.

—¡Lo sabía!—se escuchó, y para desmayo de Beth, el casi grito vino de Ted Sullivan, el cotilla y cateto esposo de Winona, que además de trabajar de a ratos desde que su hijo nació, parecía empeñado en caer por la cafetería de Marge los sábados por las mañanas.

—Oh, Ted, querido, no es buen momento...—dijo Dakota, tratando de contener la verborragia de su enorme media mitad, que mostraba una excitación inusitada para un tema que no debía importarle un comino.

Beth le miró con suspicacia y encono, y si se contuvo de responderle como se merecía, fue por Dakota.

—Ey, Dakotita, no pasa nada. Hola, mi bebito, bello—carantoñas y sonidos ininteligibles dedicados al bebé, pero a nadie se le pasó la mirada apreciativa del ranchero al seno semi expuesto de su mujer, del que quitó la vista con dificultad—. Joe es un tipazo, un hombre de esos que no se encuentra con facilidad, Beth. No sé si lamentarme por él, francamente—dijo, como para sí.

—¡Ted!—se horrorizó Dakota, mientras las otras meneaban su cabeza.

—Increíble—susurró Marie.

—Cállate, Ted, y ahueca el ala, gilipollas—gruñó Marge—. Te he dicho muchas veces que no tienes nada que hacer aquí los sábados.

—Pero Maarrge, mi familia...

—Descansa de ti por un rato. Vete, y no digas una palabra.

—Mm. Bien. Pero te digo Beth, es un buen hombre, y sentar cabeza te haría bien. Probablemente sería bueno también para Joe, ahora que lo pienso. Matt lleva a Joe de cabeza. Contigo en la ecuación, se liberaría. Sí, cambiaría unas cadenas por otras, pero...

—¡Vete!—ordenó Dakota, y él rodó sus ojos y tomó una rosquilla y al bebé, con dulzura y cuidado extremo, y lo colocó en su cochecito, saliendo con él.

—Te esperamos en el parque, preciosa.

—Tonto vaquero—dijo Marge.

Cuando estuvieron otra vez solas, la conversación se retomó.

—Ted tiene razón, ¿sabes?—dijo Marie—. Es un hombre excelente.

—Lo sé.

Además de guapo, seductor, un toro en la cama, y muy seguro de lo que quería. Un subidón en su vida, eso era.

—¿Es más que un ligue, entonces?—inquirió Daisy, y ella se mordió el labio.

—Pues... yo creo que sí. No estoy segura. Hace tanto que no tengo una relación de verdad que... A la vez, no sé si es lo que él desearía... No hablamos mucho—se sonrojó, y hubo risitas excitadas y comprensivas.

—Lo he observado—dijo Winona, y la miraron. Ella se encogió de hombros—. Es que quería saber si se equivocaba Billy. Y creo que te mira con una devoción, con interés y con cariño, Beth, lo juro.

—No lo sé...

—Tienes que preguntarle—estableció Marion, y ella negó.

—No quiero espantarlo. Lo que tenemos... Es bueno. Muy bueno.

—Por eso mismo, y porque tú sientes más que interés pasajero. Si no se sinceras, puede que te pase como a mí. Años penando—suspiró Winona.

Tal vez tenía razón, pero le provocaba nervio la sola idea de salirse de los límites en los que parecía que tenían asentado su vínculo.

—Una mujer tan espabilada como tú, Beth, vas a encontrar la manera de expresarte—intervino Marge, que se sentó para aleccionarla—. Si ese vaquero tuviese algo en contra de una mujer con carácter fuerte, ya habría corrido por los campos para alejarse. Y parece que es al revés.

No, Joe Sullivan no le temía ni un pelín, ni se molestaba con su tono imperativo o su tendencia a querer ordenar su entorno a su gusto. De hecho, y de esto se había percatado las dos últimas noches de la semana...

Sí, porque ahora venía martes y jueves por las noches. Se había dado cuenta de que tenía un modo gentil de obedecer cuando quería, y negociaba con habilidad cuando no.

Hombre astuto que era, lo que lo volvía más atractivo todavía. Sí, estaba jodida.

—Ay, mi querida, ¡qué contenta me pone esta novedad!—Daisy estaba exultante, una gran sonrisa en su faz—. Pronto seremos el club de las casadas, al menos cuando el Sheriff por fin de el paso—miró a Marion, que sonreía.

—Ya veremos. Estamos muy bien—contestó esta—. Beth, si me permites... Tal vez ese rancharo esté un poco intimidado. Eres una personalidad enorme, y si no le has dicho nada sobre blanquear el vínculo, o insinuado...

—No lo he hecho—asintió.

—Es un hombre prudente. Lánzate tú a explorar las aguas. Si él tiene interés de que algo más pase entre ustedes, de seguro te lo hará saber.

Se quedó pensando, y luego de un ratito asintió. Era posible, sí. Joe no tomaba nada que no le diera, y no por sometido o desinteresado. Era gentil a rabiar.

El caso era... ¿Tendría ella el nervio de exponerse así? ¿Quería que cambiara el statu quo entre ellos, y en su vida? ¿Cómo acompañarían sus días y lugares si...?

No te adelantes. Tienes que pensar, y si decides que quieres dar un paso hacia una relación abierta, estable, todo vendrá después. Sí, se tomaría unos días para pensar. De aquí al martes tenía más de tres días para considerar pros y contras.

—Muy bien, basta de mí—les dijo, y colocó sus manos en la mesa—. Tenemos un casamiento que programar, y luego una mudanza.

Winona y Billy habían tomado la decisión de vivir en una casa en las afueras de New Essex. Sería un cambio para el capataz, que dejaría de vivir en el rancho, y también para Winona, que ahora tendría la escuela más lejos. Pero todo estaba a la mano en esta región, y la felicidad de ambos al negociar la casa perfecta no había tenido parangón.

—Perfecto—Dakota se frotó las manos—. Apurémonos antes de que Ted regrese. Aunque ve sabiendo que probablemente ya ha hablado con Joe, y tal vez con Matt. No puede quedarse quieto—se disculpó.

Beth resopló, pero luego consideró que esto podría ayudar. Si Joe veía que ya eran vox populi... Tal vez ella no tendría que dar tantos pasos para plantear su deseo de no continuar en las sombras de la noche.

SIETE.

—¡Tienes que estar loco, Joe! ¿Esa mujer, de verdad?

—Matt...—trató de sonar calmado, pero Matt estaba logrando enfurecerlo, a contrapelo de su habitual reacción de no hacerle caso.

Es que no estaba Beth en el medio, consideró. Estaba acostumbrado a lidiar con las tonterías de su hermano, o con sus vaivenes de ánimo, pero esto... No, esto no lo permitiría.

—¡Es una mandona sabelotodo! ¿A qué te dice cómo follarla?

Sí, y me encanta, casi le contesta, pero se lo guardó, sus ojos tormentosos.

—¡Basta! ¡No quiero escucharte más, y como vuelvas a decir algo sobre ella...

—¿Qué?—lo desafió el gilipollas, viniendo hacia él con el pecho inflado, por lo que le dio un empujón que casi lo sentó de culo.

La cara de sorpresa de Matt fue antológica, y si no fuera porque tenía puntos que establecer, Joe hubiera reído sin más.

Probablemente le había dejado salirse con la suya muchas veces, de sobre protector que era, y Matt había olvidado quien ponía los puntos y era más fuerte aquí. Joe. Hora de recordarle.

—Te voy a dar la paliza de tu vida como sigas hablando así, metiéndote en lo mío—indicó—. Lleva tu mala actitud y cara de limón al corral ahora, que te están esperando. Ni una palabra a nadie, ¿oíste?

—¡Ella no es para ti!

—Yo elijo lo que es para mí, y tú te limitas a aceptarlo. Búscate alguien que te rasque las picaduras que tienes, porque la falta de sexo te está embotando el cerebro, Matt. Si así lo decido, y si Beth accede, estará en esta casa en un instante, porque esto es más que un ligue, ¿me escuchas? Grábatelo, y comienza a respetar.

El resoplido fue antológico, igual que la media vuelta y el portazo, pero Matt acababa de entender el punto. Joder.

Ese idiota de Ted no tenía filtro, mira que llamar a su hermano queriendo averiguar sobre él y Beth, pensó.

Por otro lado... Mmm. Al parecer las amigas de Beth estaban al tanto, lo que hacía que esto ya no fuera un secreto.

Ergo, Beth consideraba lo que tenían como de importancia suficiente como para contarles, y exponerse a que el rumor rodara y llegara a clientes y ciudadanos que no dudarían en preguntar o bromear. Esto era muy, muy interesante.

Tenía que saber, se dijo. Tenía que estar seguro del terreno que pisaba, y no podía esperar al martes. Era domingo al mediodía, y Ted había hablado con Matt ayer a la tarde, pero este

había estado en Helena y lo cuestionó apenas llegó, hacía una hora.

Tomó su móvil y buscó el número de Beth, y escribió algunas palabras, que luego borró, para reescribirlas. Finalmente, se decidió por lo directo.

JOE: *Buenos días, Beth. Espero no molestarte. Ted habló con Matt, y parece que nuestros encuentros ya son parte del paisaje de New Essex.*

La respuesta no se hizo esperar, y fue directa, como ella. Uno más de los rasgos que le encantaban de esa mujer.

BETH: *Pues sí. ¿Te molesta?*

JOE: *En lo absoluto. Te diría que me gusta, porque eso significa una presión extra para empujarte a mis brazos. ¿O no has visto que quiero quedarme un rato más cada noche?*

Eso, sin dudar.

BETH: *Eso me pareció. Escucha, estoy tratando de pensar bien qué quiero, y me gustaría que hicieras lo mismo. Y nos vemos con propuestas claras el martes.*

JOE: *Me gusta la idea. Hasta el martes. Se me va a hacer largo.*

BETH: *A mí también.*

Bueno, bueno, bueno. Sonrió y dejó su móvil, pensativo, y alegre. Este giro inesperado era a su favor. No tenía nada que pensar, tenía claro que Beth en sus brazos a diario era la cuota que necesitaba.

Colocó su sombrero y salió, sabedor de que su presencia sería necesaria en el corral, porque Matt estaba de malas, y justo cuando Billy Jackson venía a ayudarles con uno de los caballos que habían comprado en su rancho.

El semental era muy temperamental, y Joe se negaba a una doma tradicional cuando en el rancho de su primo Rex se practicaba la racional.

El caso era que Matt había quedado ofendido con el capataz, considerando que le había hecho competencia desleal con Winona. Eso a pesar de que Joe sabía que la cena de Matt con Winona había sido fallida. Su tonto hermano.

—Hola, Billy—saludó, y en buena hora llegaba, apreció, porque la faz de Matt era vinagre puro.

—Joe, ¿cómo estás? Me han comentado que muy bien—saludó Billy y le estrechó la mano con una sonrisa.

Sí, las noticias volaban.

—Bien, bien. Espero que puedas darnos una mano. Uno de los vaqueros tropezó con una serpiente y el animal se asustó. Ha estado muy arisco.

—No hay problema. Les daré unos trucos. Sirven para domar animales quisquillosos.

La mirada de Billy se dirigió hacia Matt, que lo ignoraba, palmeando al caballo, y Joe rio.

—Eso espero.

Luego de varios minutos vino la pregunta, y Joe no la sintió como molesta.

—Me dicen que has encontrado un refugio agradable, y me alegra. Sé que das la talla para ese tipo de domas.

Rio y denegó.

—¿Quién dijo que quiero domar lo que es más bello cuando arisco?

—Ya lo decía yo. Esas miradas...—Billy silbó.

Sí, así mismo era, pensó. Fuego puro, eso los unía, y más... Ya vería.

DESENLACE.

Una ocasión así ameritaba flores, había decidido, y recolectó un ramo compacto y variado del jardín del rancho, mantenido por la mujer que se encargaba de las tareas en la casa.

Con expectativas altas y la libido acompañando, se dirigió esa noche a la casa de Beth, esta vez en un horario no habitual.

Estaba invitado a cenar, así se lo había hecho saber por mensaje, y la ocasión era una celebración en sí misma.

Seguramente no habría una mala noticia, estaba confiado. La oportunidad era una declaración de intenciones. Si Beth quisiera solo sexo, no habría modificado la hora ni apostado a una comida.

Debería haber traído algún vino, consideró. Las fresas con chocolate eran el postre, y si todo iba bien esperaba probarlas sobre su piel, o que ella las dosificara, alimentándolo mientras estaba constreñido por las suaves ataduras de la seda que había usado en más de una ocasión en él.

Respiró hondo. Tenía que calmarse. Detuvo su camioneta en la entrada de la casa y bajó, acomodándose la camisa y tomando las flores y la caja de chocolates, dirigiéndose a la puerta, que se abrió antes de que golpeará.

Sus ojos se encontraron como imanes, y ambas bocas se distendieron.

—Buenas noches, Joe.

—Hola, Beth.

—Pasa, anda.

Le extendió las flores, y ella mordió el costado de su labio inferior.

—No me habían regalado flores antes.

Había sorpresa en su voz, y Joe enarcó sus cejas.

—¿De verdad? ¡Cuánto cateto en este pueblo! Pero me alegra ser el primero.

—Me alegra que lo seas.

Hundió su nariz en el ramo y aspiró, y luego le extendió la mano, que Joe tomó sin dudar, dejándose llevar al interior.

Que ella se había tomado algunas molestias le fue obvio, porque una suave música envolvía el ambiente y la mesa de café, donde le había comido el coño más de una vez, tenía un mantel bordado y platos ya servidos.

—Se ve todo estupendo y delicioso.

La miró, y dejó que sus ojos la recorrieran, sin dejar lugar a una duda de que era el postre que tenía en mente degustar, lento y sin apuro.

—Me esforcé. Espero que te guste.

Le gustaba, cada centímetro envuelto en la blusa y falda apretada, además de los tacones. Una vestimenta nada tradicional, pero le quedaba perfecta.

—Me encanta.

—Hablo de la mesa.

—También me gusta.

Sonrieron, y ella lo invitó a sentarse, tras lo cual le acercó un plato y cubiertos, y por unos cuantos minutos solo hubo sonidos de bandejas, y comer en silencio.

Luego, ella lo miró, y limpiando su boca con cuidado le habló.

—Debes saber que no pretendí que esto se supiera sin consultarte.

Él asintió, y sonrió.

—Tenía esperanzas de que se supiera. Para mí es una señal.

—¿Oh?

—Si no te importa que New Essex lo sepa, es porque tienes planes de alargar y ... Mejorar lo que tenemos.

—Mm... Mejorar—pareció pensar—. Suena promisorio. ¿Eso que incluiría?

—Dímelo tú.

Se echó atrás en su silla y la observó. Ella no bajó la vista en ningún momento.

—Citas, salidas, encuentros a la vista del mundo.

—¿Y qué les diríamos cuando nos pregunten qué somos?

—¿Qué no les importa?—dijo ella, sonriente, y él lanzó la carcajada.

—Nah, eso puedes responder tú, pero yo... Es algo que podría decirle a Matt, a mis vaqueros, a algún idiota que tenga deseos de que le rompa la cara. Pero no podría contestar así a Marge, o a alguna de las señoras del club de lectura.

—No, por supuesto. Tú eres el perfecto caballero.

—Para mi desgracia.

—No, no, eso me gusta, es uno de tus atractivos. ¿Qué te parecería adecuado decirles?

Consideró su respuesta un momento. No quería ponerse intenso o romántico en exceso.

Pero quería mostrarse, quería exponerse, sabedor de que valía la pena.

—¿Qué somos novios?

Ella parpadeó, y pareció aquilatar la palabra en su boca y en su cabeza, por largos momentos.

—¿Novios?—Él asintió, sin retroceder. Premios grandes esperaban a los que se jugaban, eso creía, y él estaba poniendo su corazón en manos de Beth—. Novios—asintió—. Me parece bien.

Sonrió con amplitud, y él le correspondió.

—Somos novios—determinó, encantado—. Matt no lo va a poder creer.

—¿Va a ser un problema?—ella arrugó el entrecejo, y Joe notó su preocupación.

—Para nada. Sé que no lo parece, pero tengo a mi hermano en el cinto.

—Es un poco patán.

—Lo es, pero... El pobre ha llevado algún que otro desengaño, y necesita vivir un poco menos pegado a mí y al rancho. Es algo que tendrá que experimentar de aquí en más. Porque si lo que quiero se hace real... Esto es, que mi novia visite mi rancho y se quede conmigo tanto como sea posible... Matt irá sobrando.

—Ey, no seas antipático. Es gilipollas, pero lo puedo controlar sin problemas.

Eso era evidente.

—Por supuesto. Y tranquila. Hay lugar de sobra en el rancho.

Ella asintió, y luego extendió su mano, y la colocó sobre la de Joe, en un gesto de ternura que él atesoró.

Sin presión, la tironeó, y ella se movió para sentarse sobre su falda, donde la quería. La envolvió con sus brazos y la besó, sin prisa, deleitándose en la alegría mansa que lo llenaba.

—No tienes idea de lo que me gusta este desarrollo en la historia.

—A mí también. Sé que soy algo brusca y mandona... Demasiado directa y frontal...

—Me gusta lo que eres, Beth, ¿es que no te lo he dejado claro?

—Sé que te gusta mi versión de dormitorio.

La vulnerabilidad se coló en sus ojos y palabras, y le estrujó el pecho.

Primer atisbo a las inseguridades de Beth, y no quiso más que reafirmar que le gustaban sus más y sus menos.

—Me gustas toda, ¿crees que no te he visto controlar a tus clientes por años? Conozco tus tonos, tus expresiones, tu capacidad de trabajo, la manera en que ayudas a los que te rodean. Cómo me miras y me dices qué hacer en la intimidad. Temo aburrirte, con sinceridad.

—No, eso no pasará. Bésame, y tóname en los brazos para llevarme a la cama, Joe. Y hazme el amor, guapo. Hoy seremos Beth y Joe, versión tradicional.

—Mm, hay mucho de delicioso en lo tradicional cuando se hace bien.

—Hazlo muy bien.

—Tu deseo es mi comando—le dijo, y le selló la boca con el beso más fervoroso y apasionado de su vida, porque estaba reclamando la mujer con la que quería pasar su futuro.

Esa noche fue mágica, intensa, sin límites de tiempo, porque ya no había plazos, y la mañana les encontró juntos, torso y espalda pegados, miembro alojado entre sus glúteos, y una de sus manos callosas en la colina suave de su seno. Y se sintió el Paraíso.

Cuando ella le invitó con timidez a desayunar y luego a acompañarle a recibir a los proveedores a la taberna, y con ello a que les vieran de la mano y se corriera la voz, Joe asintió, y

le envió mensaje a Matt para que le sustituyera. La respuesta le hizo sonreír.

MATT: *Tómate el tiempo que quieras, y perdóname. Estuve fuera de lugar, pero sabes que te quiero y no te deseo más que lo mejor. Si eso es Beth, que sea. Solo dile que el ala sur de la casa es mía.*

—¿Está todo bien? Si necesitas irte...-dijo ella.

—Matt se encargará del trabajo y el rancho. Te envía saludos.

Ella sonrió, y asintió.

—¿Vamos?

—Vamos.

Sí, señor, la vida tenía otro color con una dama bonita y sensual de la mano.

—Presiento que este es el comienzo de un futuro formidable, Beth. Y créeme que soy bueno en predicciones.

—Me gusta esa predicción, francamente. Estoy más allá del *me gustas*—le dijo, sin cortarse.

—Ambos lo estamos, eso es lo que hace de esto un viaje fenomenal.

La besó, y ella le respondió con pasión memorable.

Una manera formidable de empezar el día, y la vida.

FIN

GRACIAS por compartir el mundo de los RANCHEROS MILLONARIOS.

Estos personajes volverán en una HISTORIA CORTA NAVIDEÑA.

Te invito a seguir explorando mis novelas, si aún no las has leído, y estar pendiente de lo que se viene.

SÍGUEME en mis REDES para estar conectados y conocer mis novedades de primera mano.